



Capítulo 526: Sepphirothy se asusta

Sepphirothy caminó lentamente por el bosque, completamente perdida, hundiéndose descalza en el musgo húmedo que cubría el suelo. El aire allí siempre había oído a incienso quemado mezclado con óxido, un aroma que confundía los sentidos e imposibilitaba discernir dónde terminaba la vida y comenzaba la ilusión.

Con cada paso, los árboles parecían moverse, troncos retorcidos que se parecían más a las columnas de un templo profanado. Suspiró profundamente, exasperada, con los ojos dorados medio cerrados, cansada de su propia terquedad.

"¿Por qué sigo haciendo esto...?" Ella murmuró para sí misma, casi en un susurro. "¿Por qué sigo persiguiéndolo...? Debería haber ido y resuelto mis problemas."

Tu hijo, Virgilio.

El nombre resonó en su mente como una cuchilla raspando el metal. Era una fuerza irritante e irresponsable que siempre parecía salirse de control y siempre desafiaba la lógica. Tenía tantas cosas que resolver, tantas obligaciones, tantas venganzas que preparar. Y, sin embargo, sus pies la guiaron por el mismo camino: su sombra.

Una ramita se rompió bajo su peso y ella se detuvo, mirando a su alrededor. El silencio del bosque no era natural, pero al mismo tiempo latía como un corazón vivo.

"Debería estar en otro lugar." Su tono ahora era amargo, casi un suspiro. "Debería reconstruir este agujero de mierda, reorganizar el inframundo, allanar el camino para que cambiemos la administración de este lugar."





Sepphirothy cerró los ojos y respiró profundamente. El aire era pesado, lleno de ilusiones, pero nada podía cubrir la verdad que ardía en su alma.

"Mi pacto con los cielos ha terminado", dijo, como si necesitara afirmarlo en voz alta para sí misma. "Que se pudran en sus tronos de luz. Nunca fueron mis aliados... nunca me aceptaron. Siempre me usaron."

Levantó la mano, estudiando sus largas uñas negras, reflejando la tenue luz del bosque. El símbolo en su muñeca —una cicatriz con forma de estrella rota— parecía palpar, recordándole el pacto que una vez la había encarcelado bajo voluntad divina. Un pacto que ahora estaba roto.

Una sonrisa fría jugaba en sus labios.

"Es hora de empezar de nuevo", murmuró, bajando la mano. "Arrancar a Amón de su trono y reclamar lo que siempre fue mío: dominio absoluto sobre el inframundo."



La mera mención de ese nombre hacía vibrar el aire. Amón, el arconte gobernante, el demonio más fuerte. Se había deleitado con un poder que no era suyo, manteniendo el equilibrio de la oscuridad sólo para servir a sus propios caprichos. Un parásito en el corazón del infierno. Pero claro, ella no le decía a nadie lo que sabía, así que hacía todo en las sombras, y sólo ella sabía lo que hacía.

Sepphirothy sintió que la sangre hervía en sus venas. Sólo la idea de recuperar el trono la hacía sonreír.

"Pero primero..." suspiró, su voz se suavizó por un momento, revelando un raro rastro de vulnerabilidad. "Primero... necesito encontrarla."



El nombre no salió de sus labios, pero resonó en su mente. Su madre.

El que había descendido a las profundidades más oscuras del abismo demoníaco y nunca regresó. La figura que era a la vez misterio, ausencia y destino.

El Progenitor de todos los demonios. Lilith.

Sepphirothy caminó unos pasos, esquivando un árbol cuyo tronco parecía latir como carne viva, y sus ojos se perdieron en la oscuridad del más allá.

"Es hora de encontrarte", murmuró, casi como si el bosque fuera un testigo mudo de su promesa. "En el abismo... donde ni siquiera las estrellas se atreven a brillar."

El viento sopló de repente, frío y fuerte, como si algo hubiera despertado. Sepphirothy se detuvo y sus sentidos se intensificaron.

Algo había cambiado.

El aire tembló. El bosque, que siempre había sido un laberinto imposible de descifrar, donde incluso los más poderosos se perdían en ilusiones, ahora parecía estar desmoronándose. El velo de los espejismos, las antiguas matrices que confundían a los viajeros, se estaba desgarrando. Como si una presencia mucho mayor hubiera decidido imponer su propio orden al caos.

Los ojos de Sepphirothy se abrieron de sorpresa.

"Esto... no es normal."





El suelo vibró bajo sus pies y una ola de energía atravesó el aire como un trueno reprimido. Ella jadeó y su pecho subió y bajó rápidamente. Era un aura demoníaca... pero no un aura cualquiera.

No era sólo grande. Fue colosal. Abrumador.

Tan intenso que parecía forzar su alma a retroceder, aplastando el espacio que la rodeaba y dificultando la respiración.

Por un instante, Sepphirothy se sintió pequeña— y no podía recordar la última vez que eso había sucedido.

"¿Qué... poder es este...?" Ella susurró, con las manos temblando a pesar de su postura firme.

La energía continuó creciendo, como un volcán a punto de entrar en erupción. Los árboles comenzaron a romperse, cayendo como ramitas, incapaces de soportar la presión proveniente de un solo punto del bosque. La matriz de la confusión, la red arcana que mantenía este lugar perpetuamente distorsionado, se desmoronó como el vidrio bajo el peso de la creciente presencia.

Y luego lo sintió.

Ella reconoció la firma.

Esa vibración específica, palpitante de arrogancia, de realeza, de terrible gloria.





Los ojos de Sepphirothy se abrieron y su corazón latía con fuerza en su pecho.

"...No", murmuró, con la voz casi quebrada. "No puede ser..."

Pero cuanto más crecía la energía, más imposible era negarlo.

El aire se volvió dorado, ardiendo en los bordes de su visión. Las corrientes de poder destrozaron lo que quedaba de las ilusiones del bosque, revelando el mundo crudo y sin velo. Y al fondo resonó una risa lejana, como dimensiones que perforan un trueno.

Sepphirothy presionó una mano contra su pecho, agarrando la tela contra su piel, tratando de mantenerse firme.

"No puede ser... después de todo este tiempo..."

Cerró los ojos y respiró profundamente, pero las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas.

"¿Dorado...?" Sí... es el aura de Naberius.

El nombre salió como un soplo, una llamada y un recuerdo a la vez.

Silencio.

Y entonces, otra ola de energía arrasó el bosque, confirmando lo que no quería creer, pero que ya no podía negar. Naberius había vuelto.





Los ojos de Sepphirothy se abrieron de golpe y sólo pudo soltar una gigantesca risa demoníaca que hizo temblar todo a su alrededor.

"JAJAJAJAJA"

Naberius no era sólo un nombre. Ella no era sólo un demonio antiguo. Ella era una fuerza que había formado ejércitos demoníacos por sí sola, y probablemente fue la culpable de la pérdida de Lucifer ante los Cielos... Después de todo...

Neberio era el general demoníaco más poderoso, después de los demonios nombrados.

